

**EDICIÓN ESPECIAL
OBRA E HISTORIA INTELECTUAL DE ERNESTO LACLAU**

Hernán Cuevas
Ricardo Camargo

Hernán Cuevas

Yannis Stavrakakis

Hernán Cuevas

Jason Glynos

Ricardo Camargo

Doreen Massey

Sergio Villalobos-Ruminot

Agustín Mendez

María Martina Sosa

Juan Sandoval Moya

Claudio Riveros

Alejandro Fielbaum

Senda Sferco

Nicolás Panotto

Chantal Mouffe
Mauro Basaure

Fernando Carreño

David Soto Carrasco

Editores invitados.

Obra e historia intelectual de Ernesto Laclau.

Introducción.

INTERVENCIONES

Laclau y el psicoanálisis: Una evaluación.

Ernesto Laclau y el concepto post-marxista de discurso.

Ernesto the tension dweller: On paradox, political discourse, and affect

Ernesto Laclau y lo político.

Space, Politics and Difference.

ARTÍCULOS

Transferencia y articulación. Política de la retórica como economía del deseo.

Esppectralidad, falta y ontología. La teoría de la Hegemonía frente a su reverso excluido.

El legado althusseriano. Apuntes para una reflexión sobre los vínculos entre ideología, subjetividad y política en Laclau, Badiou y Žižek.

¿Qué sujeto? ¿Qué cambio?: Laclau y el problema del sujeto de la acción política transformadora.

El populismo como dimensión y lógica de la política: propuestas, alcances y límites de la teoría populista de Laclau

Catacresis de la política. Ernesto Laclau y la deconstrucción.

¿Las metáforas tienen un límite? Temporalidad, barroco y peronismo.

Mediaciones analíticas en el trabajo de Ernesto Laclau: una relectura crítica desde la antropología política.

ENTREVISTA

Democracia Radical y Antagonismo.

RESEÑAS

Laclau, Ernesto (2014) Los fundamentos retóricos de la sociedad, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 169 pp.

Mouffe, Chantal & Errejón, Iñigo (2015) Construir el pueblo.hegemonía y radicalización de la democracia, Madrid: Icaria, 142 pp.

¿LAS METÁFORAS TIENEN UN LÍMITE? TEMPORALIDAD, BARROCO Y PERONISMO*

*Senda Sferco***

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS

RESUMEN

Este artículo aborda la problemática de la temporalidad de la experiencia política en relación a la producción del “significante vacío” laclauiano. A partir de una vinculación analítica arbitraria y singular, se propone articular “peronismo” y “barroco” por las formas análogas que parecen revestir sus dinámicas significantes. Se trata de una semejanza creativa que es recuperada por los efectos políticos que habilita. De esta manera, la capacidad de diseminación y de reunión significante tanto del barroco, como del peronismo, es indagada procurando dar cuenta de los distintos niveles y matices que participan de sus lógicas significantes. A nivel de las prácticas, empero, existen enormes diferencias entre barroco y peronismo. Estas dislocaciones, serán puestas en foco para dar cuenta de los problemas que trae aparejado metaforizar bajo un mismo nombre experiencias diferentes. Un gran espectro de prácticas diversas adviene cuando se pone en tensión un significante condensado como metáfora; una gran cantidad de experiencias temporales, subjetivas y políticas emerge también. A partir de este ejercicio analítico, se impone una tarea: des-metaforizar la metáfora como modo de restituirla a lo político su mayor fuerza de inventiva.

PALABRAS CLAVE: temporalidad – barroco – peronismo – metáfora - experiencia política.

* Artículo recibido el 28 de abril de 2015 y aceptado el 10 de junio de 2015.

** Senda Sferco es Investigadora CONICET - Instituto de Investigaciones Gino Germani (Buenos Aires, Argentina). Doctora en Filosofía (Paris VIII) y Doctora en Ciencias Sociales (UNQ), Licenciada en Antropología (UNR) y post-titulada en Estudios culturales y artísticos en la STSI-ISI (Bali, Indonesia). Desarrolla investigaciones en el campo del pensamiento filosófico y político contemporáneo, especialmente en relación al problema de la producción de subjetividad política de nuestra actualidad. Experiencia en armado de proyectos y estudios interdisciplinarios en el cruce entre Filosofía, Antropología, Política y Relaciones Internacionales. Integrante de diversos equipos de investigación nacionales e internacionales en red con las Universidades de Paris VIII (Francia), CLACSO-UEH (Haiti) y PUC-SP (Brasil). Autora de numerosos artículos académicos, de divulgación y del libro “Foucault y kairós: los tiempos discontinuos de la acción política”, Ed. Sociales UNQ, 2015. Correo electrónico: senda.sferco@gmail.com

DO THE METAPHORS HAVE A LIMIT? TIMELINESS, BAROQUE AND PERONISMO.

This article addresses the issue of the temporality of political experience in relation to the production of Laclau's "empty signifiers". Starting from an arbitrary and singular analytical bonding, this writing intends to articulate "peronism" and "Baroque" by the similar shapes that seem to take their significant dynamics. It's a creative similarity that is recovered by the political effects that enables. In this way, the ability to spread and significant meeting both Baroque and of peronism is scrutinized trying to realize the different levels and nuances involved of their significant logics. At the practical level, however, there are huge differences between Baroque and peronism. These dislocations will be put into focus to account for the problems with metaphorizing under the same name different experiences. A wide spectrum of diverse practices comes when we voltage a significant condensate as a metaphor; a large amount of experience temporary, subjective and policies also emerges. From this analytical exercise, a task is imposed: to de-metaphorize the metaphor as way of returning to political its biggest inventiveness force.

KEYWORDS: temporality – Baroque – peronism – metaphore – political experience.

INTRODUCCIÓN

Recientemente, el artista-pintor peronista Daniel Santoro definió al peronismo como la única expresión barroca latinoamericana de la que la Argentina había sido capaz.¹ Según su expresión, los argentinos, hijos de inmigrantes y de los indígenas que sobrevivieron pese a todas las políticas que se han puesto en marcha para su eliminación, no hemos creado, a diferencia de otros países latino-americanos, un verdadero movimiento barroco de tinte literario o artístico. Tan sólo un movimiento barroco político: el peronismo.

Atendiendo a esta mirada, en el breve estudio que ofrecemos a continuación, indagaremos la productividad de la relación entre peronismo y barroco en tanto hipótesis interpretativa de acontecimientos que marcan nuestra experiencia cultural y política. Y esto no solamente porque a menudo un acercamiento entre producciones del arte y producciones de la política puede echar luz sobre las modalidades complejas de las formas que adoptan unos y otros, sino, sobre todo, porque 'entre ellas' va adquiriendo visibilidad una dimensión problemática capaz de asir, de un modo peculiar, los matices de las enmarañadas articulaciones en las que esas mismas producciones se sustentan.

1 Daniel Santoro (2015), artista plástico argentino contemporáneo, subraya con humor e ironía esta peculiaridad argentina cuando se propone la tarea de trazar un recorrido comparativo de la historia del arte latinoamericano. Disponible en: <http://www.danielsantoro.com.ar>.

En este sentido, es preciso asumir que tanto al hablar de “peronismo” como al hablar de “barroco” estamos refiriendo a grandes y complejos corpus conceptuales, experienciales, discursivos, que no podrían asentarse en una lógica causal que los dote de una naturaleza fija o de una identidad unívoca. Si el peronismo inscribe un modo particular de vincular lo heterogéneo dentro de su propia producción discursiva, también cuando hablamos de “barroco” ponemos en marcha un término que guarda múltiples connotaciones. Acostumbramos referir con él a un período de la historia del arte, a un estilo arquitectónico, a un culto, a una actitud crítica respecto del racionalismo... Si hay un hilo común entre estas discursividades éste sólo puede hallarse en la fuerza relacional que el barroco parece desplegar, dotando a su mirada del mundo de una sensibilidad particular, caracterizada, a su vez, por un exceso y una densidad de elementos capaces de condensar varios tiempos en una espacialidad concreta.

Sin duda, la perspectiva que se abre al vincular “peronismo” y “barroco” sólo puede tener como punto de partida un desacoplamiento, tanto conceptual como temporal, de dos experiencias que se producen en contextos históricos disímiles. Dicho esto, la pregunta que se impone es: ¿por qué interpelar un movimiento político que aún tiene fuerte vigencia en el presente con un modo de producción artística que tuvo su apogeo en el siglo XVII? Justamente, porque la relación entre ambos acontecimientos hace de su distancia en el tiempo una interesante clave analítica. Tal como veremos en lo que sigue, la introducción de un anacronismo *ex profeso* resulta sumamente productiva para el análisis de los discursos y las prácticas que nos atraviesan. A menudo es preciso producir una brecha en la compleja y opaca trama del “aquí y ahora” para echar luz, por medio de un desacople temporal e histórico, a las encrucijadas que aún siguen siendo problemáticas en el presente. También, porque de este modo, por medio de este “puente” o de este “salto”, lejos de liquidar el pasado por la vía del presente, se habilita una lectura de la que surgen figuras capaces de plantear una interpelación analítica, conceptual, creativamente política a los lenguajes que *se permiten* abordar la complejidad de su propio tiempo. Tal es el caso del barroco interpelando al peronismo: una relación interrogativa cuyos matices ritman otras posibilidades que las por nosotros ya asignadas. Al mismo tiempo, es preciso admitir que esta articulación también plantea ciertos desafíos epistémicos, ya que cuando se articulan dos términos tales como “peronismo” y “barroco”, que *a priori* parecieran no tener ninguna necesidad de cercanía, una imagen nueva adviene para nosotros y la producción de esta figura –tal como veremos a continuación respecto del valor de la “alegoría”–, desborda los límites de un tratamiento estrictamente lógico o conceptual. Se trata de una imagen que no es el reflejo de uno ni de otro término; tampoco se corresponde con uno de sus contenidos, ni podría hallar una referencia natural en un elemento de orden estrictamente

discursivo o simbólico; es más bien un *dibujo* que se delinea y se complejiza al acercarse al complejo modo en el que peronismo y barroco tienen lugar y se hacen tiempo, revelando los matices que hacen a la productividad de sus articulaciones.

Si convenimos este punto de partida, seguidamente deberemos asumir que esta suerte de imagen-relacional, caracterizada por un entrecruzamiento de significaciones heterogéneas y superpuestas, no sabría someter sus matices a la pretendida univocidad y coherencia promulgada tradicionalmente por los relatos que buscan unir palabras e imágenes, prácticas e ideas, en un trayecto de equivalencia. Esta nueva articulación desafía las lecturas que buscan suturar en un orden simbólico toda producción conceptual como si fuese posible hacer de la unión entre significado y significante una unidad cerrada o la casa de una mónada sin movilidad. Pensar al peronismo como barroco implica crear una imagen particular, una nueva dimensión problemática plausible de asir, analítica y productivamente, las tensiones constitutivas y los efectos disímiles que esta puesta en relación entre términos de distinto orden puede habilitar heurística y prácticamente.

Atentos a esta posibilidad, comenzaremos aquí preguntando: ¿a partir de qué nociones es posible comprender este entrecruzamiento? ¿Cuál sería su estatuto epistémico? ¿Dónde reside su fuerza política? ¿Cuáles son, o mejor, dónde podemos situar las líneas de articulación que constituyen no solamente su condición de posibilidad sino también su productividad? En síntesis, ¿cuáles son las modalidades a través de las cuales esta significación -esta relación entre barroco y peronismo- se muestra eficaz?

LA ALEGORÍA COMO PIEZA DE PRODUCTIVIDAD BARROCA EN TIEMPO PRESENTE

Comencemos por caracterizar brevemente qué dimensión creativa estamos poniendo en valor cuando hablamos de “productividad barroca”. El barroco, movimiento artístico y literario que hace frente al Racionalismo del SXVIII, se caracteriza por dotar a sus figuras de una densidad significativa compleja, que de ningún modo podría entenderse desde la organicidad de las representaciones ‘claras y distintas’ del racionalismo. Las articulaciones barrocas, recordemos, tienen la particularidad de no asentar la validación de sus juegos sobre relaciones simbólicas que mantengan la pretensión de “reconciliación” entre significado y significante. Al contrario, en ellas se expone la fisura “irreconciliable” que habita toda relación significativa. A la hora de crear sus densidades, las articulaciones barrocas no hacen uso del sentido fijante del símbolo sino de la movilidad de las “alegorías”, otra figura retórica cuya fuerza significativa reside en su capacidad de articular, aquí y allá, fragmentos de una realidad, trozos de un mundo fracturado que no podrían

nunca componer una organicidad. Las significaciones alegóricas, en este sentido, son siempre plurales y se vinculan, singularmente, a una dimensión de “usos” –ofreciendo, cada vez, una producción de sentido que disloca toda organicidad por proponerse siempre extranjera respecto de sí misma. En efecto, en tanto figura de la retórica, la alegoría es este procedimiento del discurso que permite « otra manera de decir » las cosas que ya están expuestas. Etimológicamente, este término se compone de dos palabras griegas: *ἄλλον* (*állon*) « otra cosa », o « extranjero », y *ἀγορεύειν* (*agoreúein*), el acto de « hablar en público ». Experta en variaciones, a través de sus reenvíos, la alegoría expone una serie prolongada de metáforas donde cada objeto puede ser identificado por otro siguiendo una relación que dispensa a la semejanza del deber de tener que adecuar su juego. Rápidamente, las significaciones se diseminan aquí y allá, extendiendo una cadena sintagmática que va tomando una forma espiralada, como si reuniese una infinidad de bucles imposibles de desanudar completamente. Y es debido a esta complejidad que la cadena significante de la alegoría no puede –no quiere– allanar un camino de continuidad a través de signos prefijados en función de satisfacer las pretensiones sistemáticas de las lógicas de coherencia simbólica. Contrariamente a éstas, el espacio de semejanza alegórica plantea la tarea de enfrentar lo imprevisible y, siguiendo la vía del azar, posibilita toda clase de mutaciones a través de las cuales los fenómenos se transforman en palabras y las nociones en imágenes.

Sin duda, frente a esta dimensión del uso y frente a esta complejidad creativa, sería erróneo buscar, a nivel analítico, una clave de interpretación de estas transformaciones que aspire a efectuar una lectura causal de sus fenómenos. No cabe deslumbrarse ante cualquier reincidencia de origen, ya que en la dinámica de producción alegórica no hay un término que opere como punto de origen ni otro que, en el extremo de su transfiguración, funcione como punto de llegada. La temporalidad barroca que moviliza el juego significante de las alegorías no es dialéctica; no busca una síntesis ni un *telos* de los tiempos que encuentra ya anudados. Al contrario, de un modo tal vez nihilista o, al menos, paradójico, la dinámica creadora que propone la alegoría abreva su potencia en esos mismos anudamientos. Así, la temporalidad barroca pareciera no prometer ningún futuro, tampoco reivindicar la posibilidad de retorno del pasado, y sin embargo, ostenta el denso espesor de ritmos disímiles que habitan la temporalidad del tiempo presente.

Incrustada en la experiencia de su presente, la complejidad del barroco se anima a enfrentar la certidumbre optimista del racionalismo y recuerda al hombre que los dioses se han alejado y ahora está solo en la tarea de producir toda significación. Ya no es posible confiar en la lógica causal y en las expectativas de reconocimiento sobre las que ha descansado la producción simbólica como forma de saber/acción entronadas por el racionalismo. Esta

faena se revela, sin más, inabordable para el hombre e inconmensurable para la temporalidad barroca. Y en este terreno donde parece no haber mojones que detengan la inquietud humana, la melancolía instala la pregunta por el tiempo perdido y la alegoría toma el relevo creativo del tiempo en presente² introduciendo nuevas preguntas: ¿cómo hacer lugar para significar una fractura incompromisible? ¿De qué medios disponer para llevar a cabo una inventiva que, por definición y por fuerza, es inacoplable a los parámetros estables y límpidos de una lógica causal?

La alegoría barroca es, así, una figura capaz de alojar la sincopada variedad de ritmos que hacen a la experiencia. Por medio de su incesante capacidad de reenvíos, esta figura expone toda temporalidad al tiempo presente. La indisociabilidad de las articulaciones que tiende es la clave del modo en el que “presentifica” lo heterogéneo: tal como dijimos, oponiéndose al dispositivo del símbolo, la alegoría no representa una relación de re-conocimiento; al contrario, sus tejidos y sus bucles hacen de la presentificación de todos sus objetos –aún lejanos, aún extranjeros- la condición de una apertura significativa inédita hasta el momento. Esa presentificación, empero, no es homogénea: el tiempo barroco “expone” la pluralidad de experiencias del tiempo presente³. En este sentido, la alegoría, a la vez que despliega (y de alguna manera ratifica) el carácter heterogéneo que es propio de la experiencia, también, por la misma vía en que compone sus imágenes, hace uso del carácter dislocador que conlleva su propia figura. Haciendo usufructo de su fuerza de extranjería (*allós*), de bifurcación respecto de lo dado, de posibilidad de inventiva, las significaciones alegóricas en el barroco, en lugar de evocar una imagen fija, nos recuerdan que su *modus operandi* es el movimiento y, sobre todo, que este movimiento puede aún y siempre amplificarse: cuanto más díscolos y lejanos sean los efectos de sus reenvíos, más profundo, díscolo y matizado será el terreno donde deberá incrustar sus experiencias significantes.

Considerados estos aspectos constitutivos desde los cuales la alegoría se presenta como noción que permite atender a una dimensión experiencial y como pieza de una productividad barroca capaz de exponer y amplificar la modalidad compleja de las composiciones que propone, cabe retomar el contexto problemático de este estudio echando mano de esta una figura para interpelar, humilde e incabidamente, por supuesto, la heterogeneidad de articulaciones y la experiencia desigual que *compone* al “peronismo” en tiempo presente.

-
- 2 En el encadenamiento significativo que reconstruimos respecto del Barroco puede entreverse el eco de los estudios de Walter Benjamin respecto del *Origen del drama barroco alemán* (1925), donde, a partir de una lectura de las relaciones entre barroco y melancolía, entre producción alegórica y simbólica, pueden componerse equivalencias productivas que resultan productivas para el presente estudio.
 - 3 Sabemos que desde su etimología hasta su vivencia toda temporalidad está compuesta por mezclas de tiempos disímiles, díscolos entre sí (Benveniste, 1969; Marramao, 2009). A ello dedicaremos varias argumentaciones que serán tratadas más adelante en este texto.

¿POR QUÉ PENSAR AL PERONISMO COMO MOVIMIENTO BARROCO?

Ya referimos, al comienzo de este artículo, al peronismo como una práctica hegemónica que va movilizándolo, cada vez, un modo particular de vincular lo heterogéneo dentro de su propia producción discursiva. Es en la lectura de esta articulación práctica que abreva la dinámica de producción conceptual de Ernesto Laclau⁴. Su perspectiva, heredera y crítica de los dogmas del marxismo clásico y de las fijaciones de la escuela estructuralista, busca formular conceptualizaciones plausibles de asir en su complejidad los modos de la práctica política. Su trabajo radica en dotarnos de herramientas analíticas para desechar toda posibilidad de clausura conceptual que se quiera ontológica, esencial o identitaria, y dar cuenta, en cambio, de la dinámica de inventiva constante que habita lo político, en tanto posibilidad de pensamiento y en tanto capacidad de acción siempre abierta. Esto implica dirigir la atención a la articulación lingüística de las prácticas sociales de modo que los términos ya no sean considerados en su valor *per se* sino según las relaciones que mantienen con los otros elementos del sistema⁵. De este modo, munidas de una fuerza amplificada por su capacidad relacional, las prácticas *pueden* ser relevadas en su enfrentamiento a otras prácticas que les son antagónicas, y también, en su conexión con un sin fin de términos que les permiten acrecentar su fuerza. Desde este modelo lingüístico se instala una lectura de la realidad en términos de relaciones de fuerzas: es preciso tomar, negociar, componer, rearticular espacios y tiempos hegemónicos para mantener la dirección y la consistencia del poder.

Desde esta perspectiva, Laclau nos enseña que el “peronismo” puede ser analizado como un “principio articulador”⁶ que, impulsado por un propósito rupturista respecto de lo dado, logra vincular diversos actores, demandas y luchas políticas y sociales para producir su propia hegemonía⁷. Esta mirada, legataria de herencias gramscianas, asume como punto de partida que toda tarea significativa y política es articuladora y nunca idéntica. La producción de hegemonía (en el peronismo o en cualquier otro movimiento político que en su dinámica rupturista requiera negociar constantemente una ocupación de los espacios y de los tiempos de poder), se interpreta como una trama de relaciones capaces de incorporar bajo la

4 LACLAU, Ernesto, *Misticismo, retórica y política* (México: FCE, 2002); LACLAU, Ernesto “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, (Nueva York: Fordham University Press, 2008), 229-253.

5 LACLAU, Ernesto. *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

6 LACLAU, Ernesto “Hacia una teoría del populismo”, en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Madrid: Siglo XXI, 1978).

7 LACLAU, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una democracia radicalizada* (Buenos Aires: FCE, 1987)

dinámica de la “equivalencia”⁸ experiencias contingentes, que, en tanto tales, son siempre singularmente heterogéneas.

Aún si cabe reprochar a Laclau el haber atendido más a las dinámicas conceptuales que a la existencia histórica concreta de estas prácticas⁹, podemos decir, a partir de su lectura, que el peronismo, lejos de corresponderse con la consistencia de una idea capaz de enunciarse y de operar más allá de sus articulaciones prácticas, “expone” en su madeja conceptual el complejo entramado articulatorio que su nombre implica.

En efecto, y tal como nos explica el sociólogo argentino Aboy Carlés¹⁰, el peronismo es una práctica específica que sostiene su hegemonía a través de articulaciones complejas que, lejos de producir su equivalencia en un plano de mismidad, suponen siempre una doble tensión: por una parte, construir su homogeneidad interna confrontando un exterior antagónico, y, por otra, tratar de absorber los diversos grupos adversarios de modo de incorporarlos como una equivalencia más.

Ahora bien, si en el espesor de este análisis introducimos la pregunta por las similitudes entre la modalidad articulatoria propia del barroco y del peronismo, quizás podemos dar lugar a la lectura de nuevas “equivalencias” significantes: tanto uno como otro precisa lo heterogéneo para componer su unidad; tanto uno como otro arma de fragmentos de prácticas disímiles sus posibilidades conceptuales, sus bifurcaciones temáticas y también su provecho de las oportunidades políticas; tanto uno como otro exponen un tratamiento del tiempo presente que *incorpora* y *mezcla* (a veces fusionando, otras simplemente yuxtaponiendo) varios ritmos de experiencia.

Si avanzamos en esta lectura encontramos que, al pensar el peronismo como un movimiento barroco, accedemos a dos niveles problemáticos constitutivos de su posibilidad significante:

Un primer nivel problemático concierne a los espacios que el peronismo habilita a fin de extender la cadena equivalencial en la que inscribe sus significaciones y deposita la fuerza de su legitimidad. En este

8 En efecto, la dimensión de los usos de las significaciones muestra que toda práctica se organiza sobre un fondo diferencial que, lejos de distribuirse en calma, mantiene sus propios antagonismos. Entre la lógica de la equivalencia –que suma distintas reivindicaciones a fines de conformar una posición antagónica (diferencial)-, y la lógica de la diferencia –que incorpora, siempre, lo singular en alguna cosa más general (volviéndolo equivalente)-, se sostiene la dinámica de los juegos hegemónicos como modalidad de producción de lo político.

9 DE IPOLA, Emilio y Juan Carlos PORTANTIERO. “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, en de Ípola, Emilio, *Investigaciones políticas* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1989)

10 ABOY CARLÉS, Gerardo. Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem (Rosario: Homo Sapiens, 2001). ABOY CARLES, Gerardo “La democratización beligerante del populismo”, *Actas VII Congreso Nacional de Ciencia Política*, SAAP, Córdoba, 15-18 de noviembre. 2005.

nivel encontramos toda una serie de cuestiones relativas a las estrategias de inclusión/exclusión dinamizadas a lo largo y a lo ancho de la cadena significativa en función de decidir la ocupación de tal o cual espacio, la apertura de nuevos intersticios o la identificación de eventuales fisuras, etc. Aquí la producción alegórica se pone al servicio de habilitar y configurar un vocabulario espacial y táctico, capaz de barajar tanto como sea posible sus chances de amplificación¹¹.

Un segundo nivel problemático que nos interesa destacar es el de la temporalidad específica que queda habilitada para el análisis desde la ‘correlación’ entre peronismo y barroco. Lo anunciamos hace un momento: a través de la presentificación de todas sus significaciones, el barroco hace del tiempo presente el régimen de su productividad. Tal como veremos, las cadenas equivalenciales mixturán tiempos disyuntos vinculándolos a una articulación metafórica que refuerza el nombre hegemónico. La metáfora tiene el don de la superposición, puede apilar imágenes y yuxtaponer tiempos, aún a riesgo de unificar todo espectro temporal – incluso el de las temporalidades subjetivantes de las experiencias políticas. Vaciado de sus matices, este tiempo, de una manera sin duda e interesantemente problemática, se va desligando de las coyunturas puntuales que le dieron emergencia.

Concretamente, entonces, pensar el peronismo como movimiento barroco nos permite –junto a Laclau y a Santoro–, salir de la lógica que reúne en un solo sentido el problema de la representación política y la cuestión de la identidad implicada en ella. Si tradicionalmente la historia de conformación de los partidos políticos muestra su esfuerzo por sistematizar una producción significativa plausible de representar a un grupo en particular, a una clase o a un sector de la sociedad, identificando algunas de sus particularidades para integrarlas en un programa de acción política, el peronismo, al contrario, se presenta como un movimiento capaz de situar tanto la cuestión de la identidad como la de la representación en un escenario móvil, heterogéneo, disyunto. “Peronista” es el nombre de un espectro identitario muy variado: hay peronistas de izquierda, peronistas de derecha, peronistas de base, peronistas de Perón y peronistas de Evita... una cadena significativa multiforme compone esta significación. El punto que los reúne también es una identificación móvil, en tanto requiere de la formulación y reformulación de ese “nosotros” que se constituye cada vez en “el pueblo” o, al menos, en el colectivo portador de reivindicaciones antagónicas a la lógica de un poder amenazante o dominante (en términos

11 Al igual que en el juego de articulaciones plausible de devenir hegemonía y contrarrestar los discursos dominantes (Laclau y Mouffe, 1987), la ocupación de la mayor cantidad de posiciones en la cadena equivalencial es la condición para “ensanchar” los efectos de significación. Cuanto más lejos lleguen sus connotaciones más fuerza tendrán los movimientos significantes que hacen de las distancias una potencia posible.

laclaunianos). Por supuesto, esta configuración se compone de una gran variedad de significaciones mezcladas, negociadas, y, por definición, las diferentes tentativas de hacer inteligible este complejo conjunto deberán “reajustarse” cada vez, en cada circunstancia, a su maleabilidad, renunciando a toda pretensión de origen y de adecuación que implique el uso constante de las mismas palabras y de las mismas imágenes.

Aquí es donde cabe remarcar el movimiento de significación barroca que se pone en marcha para permitir estos reenvíos. De modo similar a la labilidad que habilitaban a nivel retórico las alegorías, encontramos, dentro de este modelo práctico-lingüístico, trazos de significaciones y de reivindicaciones parciales que, unidas las unas a las otras en una suerte de movimiento en bucle, desplazan sus posiciones aquí y allá para construir un frente antagónico. Son los puentes tendidos entre las diferentes significaciones los que permiten unir, por ejemplo, una posición de derecha y una de izquierda bajo una misma nominación, un período histórico y una experiencia de resistencia bajo un mismo tiempo. Y simultáneamente, son estos “rasgos” particulares y muy diferentes en la dinámica que les es propia los que han de movilizar los significados instalados para poder abrir nuevas distancias antagónicas. En un modo paradójicamente complejo, esta disposición inventiva del peronismo es fundamental para promulgar sus reivindicaciones y renovar gestos de creatividad política.

Esto no sería posible –nos explica Laclau¹²–, si no fuera por el alcance metonímico del discurso, cuya especificidad consiste en dar a un objeto determinado el nombre de otro. A fin de dotar de más consistencia a ciertas reivindicaciones, cada desplazamiento significativo adopta la forma de una contigüidad que se liga, por una relación de causa, de origen o de proximidad, a otros rasgos parciales y fragmentarios de los diferentes elementos vueltos, desde entonces, equivalentes. Es gracias a esta relación metonímica de equivalencias que el antagonismo se reafirma, contra toda tentación de dicotomización identitaria, produciendo en su tensión constitutiva una nueva posición de hegemonía. Y es gracias a esta práctica vinculante y no dialéctica que lo político adviene como producción a la que es posible darle siempre un nuevo nombre.

Con esto queremos decir que ni en el barroco ni en el peronismo el permiso de esta movilidad significativa se reduce tan solo a una “cuestión de nombre”. En uno y otro caso, tal como nos enseña Laclau¹³, se trata de movilizar prácticas capaces de rearticular reivindicaciones y demandas parciales armando un frente plausible de devenir hegemónico y contrarrestar, al fin, el cómodo y fijado relato dominante. En esta dinámica significativa (y conforme al modo de producción barroca), los signos yuxtaponen sus aristas

12 LACLAU, Ernesto. *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Buenos Aires: FCE, 2014).

13 LACLAU, Ernesto. *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

singulares para producir instancias de “identificación”: insisten en crear y ocupar posiciones, escribir ideas, tomar cartas en la práctica. Se multiplican así las aristas de un movimiento que busca reunir en una modalidad de equivalencia una gran serie de diferencias. Barrocamente, lo diverso puede formar parte de un mismo reenvío. Se trata de una equivalencialidad importante –y políticamente necesaria, tal como nos recuerda Laclau¹⁴–, ya que sólo por su fuerza de conjunto puede identificar un adversario común y darle pelea, al tiempo que mantiene para sí una identidad móvil. Esta movilidad es necesaria e implica asumir que lo político se produce siempre a partir de prácticas disímiles e inadecuables entre sí, ritmadas en temporalidades diferentes, actuadas en espacios heteróclitos. Sólo así hay inventiva política, sólo recuperando este fondo dinámico la fuerza vuelve a unirse a la esperanza. En efecto, la movilidad significativa del barroco peronista permite producir una posibilidad discursiva y políticamente activa que todavía nos es inédita.

El juego está entonces abierto. El tejido de diferencias intentará seguir vinculando la singularidad de cada parte –que es la de su emergencia- a algunas partes de otros, como bordando un *canevas* sin forma ni modelo. Así, la conexión o la superposición de partes va componiendo algo que hasta el momento no existía: a nivel de la acción, un acto común; a nivel del lenguaje, un nuevo nombre. No quisiéramos sugerir aquí una asociación anodina entre “acción” y “lenguaje”, más bien se trata de exponer la complejidad de lo político condicionada por lo que Laclau llama un “significante vacío”: un conjunto que todavía no tiene signo y que no podría existir más que a partir de estos movimientos barrocos (o políticos) de la significación.

LA DENSIDAD METAFÓRICA DEL SIGNIFICANTE VACÍO

Tal como vinimos desarrollando hasta aquí, las categorías laclaunianas permiten afirmar que un rasgo identificado, una demanda incorporada, una particularidad tejida, deviene en nombre y práctica activa de un conjunto que ya no podrá contener la totalidad de sus consistencias, aunque sí componerse como un significante nuevo para disputar el poder hegemónico. No es sino esta movilidad la que Laclau dio en denominar “significante vacío”¹⁵ connotando algo que, lejos de estar vacío se encuentra repleto de

14 *Ibíd.*

15 “Un significante vacío es, en sentido estricto del término, un significante sin significado” (Laclau 1996:69). A partir de la idea de “significante vacío”, en *Emancipación y diferencia* (1996), Laclau básicamente pone en valor la fuerza creativa que según su perspectiva *hace* a toda política que se quiera inventiva. La noción de “significante vacío”, básicamente alude a una posibilidad aún inédita en las articulaciones presentes que viene implicada en el carácter “vacío” del significante. En sentido estricto en verdad no hay vacío, se trata de un significante siempre repleto de significación, pero es “vacío” en tanto permite producir el

particularidades significantes. La denominación elegida por Laclau subraya la productividad de la tensión no identitaria entre significante y significado, entre prácticas y nombres... cuestión fundamental en un terreno que quiera restituir a lo político su fuerza de inventiva.

El "significante vacío" laclauiano es una figura que busca retomar analíticamente el desafío de una representación que no se instala ya en la espera de su (imposible) completitud sino que se muestra atenta a la potencia propia de la paradoja que le es constitutiva. Efectivamente, dentro de esta lógica de sistema, el significante guarda un "vacío" que puede "completarse" metafóricamente con un nombre. Éste resulta de la puesta en equivalencia de una gran cantidad de elementos diversos que, por su misma densidad, ensanchan metafóricamente la cadena metonímica. Esta superposición es, sin duda, problemática: sin olvidar sus contextos de emergencia, estos diversos elementos han debido omitir sus singularidades y sus diferencias, o, por lo menos, abandonar algunos de los matices para tomar parte en esta identificación. Frente a la necesidad de hacer del antagonismo una diferencia políticamente instituyente, el componente "diferencial" se borra, o se borrona, en la dinámica relacional de un conjunto "activo". He aquí el juego de la hegemonía, donde las heterogeneidades reunidas 'aceptan' que una particularidad sirva de nombre y de tiempo a una imposible universalidad¹⁶.

Ciertamente, esta participación por trazos sería claramente imposible si la significación tuviera que contentarse con un trayecto identitario –o con un programa de desarrollo dialéctico– que garantice el sentido de su nombre –de un nombre anunciado en el comienzo o develado hacia el final del recorrido. Como ya hemos referido, Laclau¹⁷ nos provee de pistas para volver inteligible esta producción: lo político se hace por dislocaciones, y no tiene otra dimensión ontológica que la de la disyunción que permite producir reenvíos no simbólicos entre nombres y significaciones. Esta dislocación es, en cada oportunidad, el "exterior constitutivo", la aporía

agenciamiento de una significación hasta el momento inédita. El vacío es el axioma que la noción de "límite" de todo sistema discursivo precisa, visto que aquí se juega la tensión entre la exclusión/inclusión de im/posibilidades significantes. En este sentido, por este carácter díscolo respecto de lo ya dado, el "significante vacío" es la figura de una movilidad, de una distorsión, de una interrupción, de un acontecimiento que aún no ha tenido lugar, ni tiempo, dentro de la cadena signifiante (o lo que deviene lo mismo a la hora de analizar dinámicas políticas y sociales, en el orden del discurso de la hegemonía). De esta manera, habilitar la presencia de significantes vacíos es la condición misma de producción de la hegemonía, de la sociedad (entendida no de modo idéntico sino articulando sus identidades a la manera de un tejido de diferencias) y de la política, si ésta se desea como invención constante en un contexto siempre antagónico.

- 16 LACLAU, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una democracia radicalizada* (Buenos Aires: FCE, 1987).
- 17 LACLAU, Ernesto "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?" en *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel, 1996).

creativa que produce, cada vez, distancias y diferencias conducentes a nuevas significaciones. Si reconocemos que la disyunción es la modalidad ontológica de producción de lo político, entenderemos que siempre habrá disyunciones que tendrán lugar por fuera de los espacios distribuidos por las posiciones antagónicas. Es decir, las posiciones antagónicas están siempre rodeadas de una espacialidad porosa, un entremedio, que, como una suerte de afuera, permite a las negociaciones de las reivindicaciones conservar la apertura democrática que les es propia¹⁸.

Pero la espacialidad que supone la idea de un exterior constitutivo, aún si es tomado en las tensiones que le son propias, no alcanza para dar cuenta de este juego en su parecido al barroco. Emplazado en el corazón de las movibilidades de la hegemonía, el significante vacío no sólo debe enfrentar la expansión progresiva de la lógica de equivalencias y dar cuenta de una condensación significativa que comienza a instalarse metafóricamente¹⁹, sino también, y desde nuestro punto de vista de un modo sin duda problemático, debe hacer frente al “presentismo” que esta subsunción de todas las experiencias a *su tempo* va suponiendo. Este es el aspecto que queremos tratar a continuación en diálogo con Laclau.

EL PRESENTISMO DE LA METÁFORA:

La metáfora, sabemos, es esa figura de la retórica que condensa y presenta relaciones diferentes bajo una misma imagen. En el esquema laclauiano, esta figura es la responsable de que los desplazamientos sintagmáticos propios de las correlaciones metonímicas *sean detenidos* para intensificar el espesor de una cierta significación que se quiere dominante²⁰. La hegemonía se produce en ese pasaje, a través de esta producción significativa que dirige el material metonímico hacia una producción metafórica. Si lo propio de la metonimia consistía en dar a un objeto el nombre de otro, de acuerdo a una relación de causa, de origen o de proximidad, lo propio de la metáfora consiste, en cambio, explica Laclau leyendo a Jakobson (Laclau, 2008:240), en hacer de este vínculo de semejanza entre los objetos una relación de identificación. Cuando este retorno identitario se cristaliza, una cierta

18 Justamente, en Laclau (2002; 2008; 2014), el vínculo con la distancia se hace por unión y yuxtaposición de trazos diversos, por articulaciones entre puntos salientes y enlaces fragmentados. Es de esta manera no-total como se produce el antagonismo, justamente a partir de una reunión de restos, de una articulación de los significantes que quedan en circulación en un espacio simbólico discontinuo y fracturado. Es a través de la evidencia y de la puesta en relación de estos restos que surgen los antagonismos.

19 LACLAU, Ernesto “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, 229-253.

20 *Ibid.*

temporalidad creativa se interrumpe. Es el momento en el que el nombre-imagen se vuelve mito y se instaura “la metáfora de la metaforicidad”- nos explica Laclau, en alusión al mito de la huelga general de Sorel²¹. Aún cuando la hegemonía, tal como ya lo había planteado junto a Chantal Mouffe en *Hegemonía y Estrategia socialista* (1987), debía procurar ser siempre metonímica para asegurar la supervivencia de los juegos que habitan su dinámica creadora, no podría evitar el riesgo de interrumpir su movilidad.

En el último período de su escritura, Laclau advierte este problema señalando el carácter “místico” de las metaforizaciones de lo político²². A partir de una lectura de las articulaciones fundacionales entre teología, ideología y política²³, su mirada sobre las prácticas sociales se aboca a identificar una cierta operación “mística” por parte de toda hegemonía que intente sostener sus metaforizaciones en el tiempo. Laclau remarca que este recurso a un fundamento de carácter místico, a la vez que concentra la fuerza de un retorno teológico que es siempre instituyente, oblitera la movilidad creativa de lo político que, de ahora en más, ha de afirmar sus prácticas en una dimensión de inconmensurabilidad que las excede. Esta “excedencia” discursiva respecto de las prácticas concretas reitera la fuerza paradójica del misticismo, de esta potencia que, a la vez que funda la metáfora, la cristaliza. Así, sin poder desasirse de cierto fundamento teológico, de cierta voluntad de universalización, la experiencia de lo heterogéneo se *presentifica*-al igual que, por medio del lenguaje, los nombres de un Dios irrepresentable-, unificando la pluralidad de sus tiempos en un único trayecto posible. La potencia articuladora queda entonces presa del engranaje arremolinado de su propia reproducción de bucles, “suspendida” frente a un espejo que le exige siempre la misma caricaturización de su experiencia.

En otras palabras, cuando el significante pierde su movilidad y busca la producción de una totalidad metafórica, el juego de las variaciones hegemónicas interrumpe su dinámica creativa y también su posibilidad de ensanchamiento. Ya no hay *flotación* más allá de sus fronteras, ya no hay singularidades parciales que se inmiscuyen para volver a tejer otras posibilidades. Cuando la metáfora se metaforiza olvida, también, su relación con la actualidad, con las condiciones portadoras de los rasgos

21 LACLAU, Ernesto, *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, 92.

22 LACLAU, Ernesto, *Misticismo, retórica y política* (México: FCE, 2002).

23 En el libro “Misticismo, retórica y política” (2002), Laclau indagará el problema de producción hegemónica de la política atendiendo al uso de recursos “místicos” en los que abreva para sostener una retoricidad hegemónica. Su análisis se aboca a indagar las articulaciones que tienden a hacer recurso a fundamentos teológicos a la hora de pensar y poner en acto lo político. Varias figuras serán convocadas por el autor a la hora de dar cuenta del problema suscitado por estas legitimidades discursivas, siendo entre otros, los trabajos del rabino y teólogo judío Gershom Scholem (1995) un material fértil a la hora de abordar el carácter místico de la ideología, así como el problema de su muerte y resurrección histórica y de los avatares que aún suscita la cuestión de su legitimidad teórica.

significativos de una coyuntura temporal e histórica que es siempre la marca de su emergencia. El riesgo, finalmente, no es que la metáfora deje de tomar en cuenta los diversos rasgos diferenciales que emergen frente a ella; es que, asentada sobre su propia contingencia, ella los fije como si formasen parte de lo mismo. El carácter paradójico de esta dinámica es tal, que, como dijimos, cuanto más se multiplican las articulaciones tendientes a permitir una mayor eficacia política, más se ven “disecadas” las singularidades de las particularidades que les son propias.

Las consecuencias prácticas de la paradoja del nombre no tardarán en hacer visible la dinámica histórica de su configuración: ¿Qué sucede cuando bajo el nombre de “peronismo” reconocemos al peronismo del general Perón de los años '40, al de su reelección en los años '50 y a aquél que acompañó su retorno en los años '70 de la mano de Montoneros? ¿Es el mismo peronismo el que vendría luego con López Rega y las fuerzas de la triple A para perseguirlos? ¿No hay un límite para estas articulaciones significantes? ¿Qué hay del peronismo de Menem que en los años '90 vació el Estado en nombre de una revolución productiva? ¿Qué palabras y qué imágenes nos permiten ligar en esta serie al kirchnerismo, movimiento que se reconoce peronista y que, en la búsqueda y en la elaboración de sus propias frases y de sus propias imágenes, articula hoy la pluralidad de su experiencia a reenvíos significantes que llevan tanto a la imagen de Eva, como a la de Perón y Cámpora?

Sin duda, podríamos argumentar que, históricamente, no se ha tratado, y con razón, de un estricto problema experiencial de adhesión al nombre. Sin embargo, desde el punto de vista laclauiano, la cuestión reside en indagar de qué manera las articulaciones hegemónicas que han operado ‘con este nombre’ disponen mecanismos y movilizan estrategias que logran hacer jugar ‘en su nombre’ las reivindicaciones aún por satisfacer, que eventualmente ampliarían los significantes de la cadena equivalencial. Más acá de los mojones que pueda reconocer una lógica de proyecto, es preciso orientar la mirada hacia las modalidades con las cuales estas producciones se dan y a la temporalidad experiencial que *efectivamente* las liga. Un ángulo de análisis posible sería tomar en cuenta las relaciones de fuerza entre las diferentes demandas planteadas en cada oportunidad y señalar “entre” ellas las marcas de esas guerras de posición que han situado diferentes reivindicaciones bajo la denominación “peronista”. Otro ángulo de análisis consistiría en plantear la cuestión de las temporalidades por medio de las cuales los procesos de subjetivación que llevan a exponer, a incluir y a alojar una reivindicación y no otra en una cadena equivalencial hegemónica, son llamados, a pesar de sus diferentes contextos de emergencia y sus *tempos* de producción, “peronistas”.

Ahora bien, ¿qué implicancias tiene aquí componer, cada vez, un nuevo significante? ¿Cómo las prácticas heteróclitas y los nombres

singulares seleccionan y negocian entre sí los rasgos que conformarán sus nuevas equivalencias? ¿Qué arrastra y qué deja tras de sí el “principio articulatorio” peronista en la movilidad que le habilita la producción constante de significantes vacíos? Sin duda, la obra de Laclau está abocada a la tarea de dar cuenta de esta complejidad. Su análisis, permeado de estructuralismo, recuerda que la incorporación de las diferencias a un conjunto siempre implica efectuar mudanzas espaciales: qué posiciones se ocupan y cuáles se liberan, cómo se conforma una estrategia de escucha de demandas, de reunión, de avance, de lucha, de réplica, de instalación. No se trata, sin embargo, sólo de una descripción de circunstancias. El problema de la hegemonía aparece transido de tácticas espaciales; a ellas se dirige su analítica de sistema y su minuciosa atención al juego de tensiones irreductibles que tienen lugar, en todo momento, a nivel de los *topos* y de los *tropos*²⁴. Queda pendiente el abordaje de estas articulaciones en una dimensión que no se resuelve en un orden espacial sino temporal. ¿Cómo aproximarse a las relaciones que conforman la experiencia asíéndose de un sin fin de matices de tiempos diferentes? ¿Cómo no desconocer en las cadenas equivalenciales la importancia de una disyunción que habita, en primer lugar, al tiempo?

Cuando hablamos de tiempo referimos a procesos de producción, de subjetivación, y experiencias que no son homologables. Recurriendo a su filología, sabemos que *tempus*, en latín, era el nombre para una experiencia imposible de nombrar de una sola manera. La experiencia de la temporalidad es tan subjetiva como inútil la tarea de asirla. Por eso, tal como nos enseña el filósofo italiano Giacomo Marramao²⁵, muchos tiempos componen el *tempus*. Legatario de la idea griega arcaica de *krasis* (mezcla), el “tiempo” está compuesto de muchas mezclas de experiencias. En su nombre se anudan condiciones históricas y percepciones intransferibles, vivencias singulares y ritmos diferentes. Los tiempos, disyuntos, no coinciden entre sí; la experiencia política aprovecha este hiato y se compone de estas mezclas.

Este espesor genealógico nos permite adentrarnos, ahora, en los problemas que acarrea la subsunción de la dinámica práctica de producción significativa “peronista” en una condensación metafórica. Laclau ya había advertido que, al incrustar en una densidad metafórica la movilidad metonímica de la cadena equivalencial, la política se alejaba de su capacidad de dar cuenta de la multiplicidad²⁶.

Este es el problema que permite entrever una lógica equivalencial tejida en tiempo presente. Admitamos, como ya expusimos, que extender la cadena

24 LACLAU, Ernesto “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, 229-253.

25 MARRAMAIO, Giacomo, *Kairós, apología del tiempo oportuno* (Barcelona: Gedisa, 2009).

26 LACLAU, Ernesto “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, 229-253.

de equivalencias, estirar el tiempo presente, son sin duda los medios de ensanchar el frente antagónico –aún a riesgo de empobrecer la precisión de los particularismos de la cadena. Admitamos también que este “tejido” de trazos significantes, este significante vacío “semi-potente”²⁷, se encontrará siempre dominado por una cadena que no controla²⁸. Sin embargo esta debilidad, inestabilidad o “pérdida”, tiene su productividad: de manera parcial y discontinuada las prácticas articulan sus relaciones; de manera fragmentaria van creando la dinámica de sus identificaciones; por estos actos de ensamblaje se va produciendo la acción política hegemónica.

Aquí se impone una nueva pregunta: ¿es posible producir una acción política hegemónica que “dé cuenta” del tenor menor y plural de la experiencia?

En este marco analítico atento al registro de las prácticas, la experiencia emerge como lo que subsume, cada vez más, su heteróclito tejido de espacios, su mixtura de temporalidades diferentes, bajo una única temporalidad presentista. Los ritmos de su acontecer concreto parecen entonces unirse a un mismo compás. Esta subsunción experiencial de una cadena metonímica extensa en una metaforización densa de los tiempos de nuestra experiencia, plantea una inquietud que atraviesa el modo de relación de lo heterogéneo en la hegemonía. ¿Es esta subsunción experiencial otra condición de la producción política –activa y lingüística- de lo común?

Intentando producir un avance en esta dirección problemática, decimos que la subsunción a la metaforización desconoce los matices de cualquier temporalidad otra capaz de dislocar su presentismo. Frente a cada ocasión, la metáfora presentista insiste en movilizar estrategias de articulación tendientes a renovar la presentificación de todos los tiempos en una misma y densa línea acontecimental. En este sentido, es preciso asumir que el peronismo, en su voluntad de representación, gusta mostrarse “míticamente” en tiempo presente. Esta presentificación se impone muchas veces más allá de sus prácticas concretas, y correlativamente, no sólo los espacios, sino también las diversas temporalidades ubicadas al interior de su metáfora reclaman un trazado de los límites de lo heterogéneo.

Recientemente, en Argentina, aún los partidos tradicionalmente opuestos al peronismo –como el PRO, conducido por Mauricio Macri-, han llegado a proclamarse “peronistas” para lograr más impacto en las urnas. En esos días, varios diarios y otros tantos analistas políticos insistieron sobre el hecho de que ha sido gracias a la apelación “peronista” que el PRO llegó a ganar el 47% de las elecciones primarias en la ciudad de Buenos Aires y el

27 Calificar al significante vacío de “semi-potente” es un resultado (por cierto discutible) de nuestra lectura de la perspectiva lacaniana.

28 LACLAU, Ernesto “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, 229-253.

30% en la provincia de Santa Fe²⁹. No sin ironía, podríamos pensar en la frase del general Perón, tantas veces repetida: “La única verdad es la realidad”, y reconocer una pluralidad de imágenes diferentes integradas en la vigencia de una metáfora.

Y aquí la pregunta... ¿una misma metáfora?

Las relaciones de equivalencias extraen su materialidad de las coyunturas que las hacen posibles para crear un flujo aparte, capaz de permitir, no sólo el sostenimiento de una relación con el tiempo constituyente, sino la espacialización necesaria para construir un frente antagónico plausible de tomar el poder. Ahora bien, lo hemos dicho, no todas las dislocaciones que acontecen tienen lugar en los antagonismos. ¿Qué hay de esas que, en el presente, no se hallan incluidas en el juego antagónico? Pensamos, en efecto, al menos a dos temporalidades cuando hablamos de diferencia antagónica: una, que marca el ritmo de una fuerza instituyente, siempre disruptiva; otra, que signa el ritmo de las fuerzas instituidas, redirigidas en función de asegurar la consecución de un trayecto común. En el medio, entre las dos, habita todo un espectro de matices temporales. Encontramos el tiempo de las emergencias, de las estrategias, el tiempo de los lapsos y de las pausas, los tiempos de la acción y los tiempos de la espera. Son estas intensidades fluctuantes las que marcan los *tempo*s de las articulaciones con los significantes hegemónicos y las intensidades ritmadas y discontinuas que producen las relaciones con las tensiones constitutivas de lo político.

Tal vez la fuerza de este estatuto tenso y “vacio” del significante no se encuentre hoy únicamente comprometido en la apuesta de extender los espacios de las cadenas equivalenciales que sostienen estas metáforas, sino también en el desafío de identificar temporalidades allí donde las tensiones ontológicas propias de este exterior constitutivo ofrecen posibilidades de producción significativa aún inauditas. Des-metaforizar la metáfora es, entonces, someterla al asiduo trabajo de su des-originalización para tender articulaciones significantes capaces de asir el espectro de los matices temporales que la habitan, de las temporalidades que se le escapan, de las posibilidades otras que se erigen en el margen de sus significaciones. Resituada en nuestra actualidad, la metáfora podría re-abrir una vez más su juego instituyente, su producción barroca, para articularse, esta vez, a una lectura de sus coyunturas, de los espacios-tiempos de los cuales ha emergido, y reencontrar en estos límites la única potencia plausible de restituírle su fuerza constitutiva.

29 **El periodista** Werner Pertot hace referencia al candidato a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires por el PRO (Propuesta Republicana, partido político liderado por Mauricio Macri), Horacio Rodríguez Larreta, como el “Larreta peronista” por la estrategia utilizada en el último tramo de su campaña electoral (Werner Pertot, “El ganador en la interna del machismo siempre con la proa hacia la derecha.” En: <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/04/27/argentina-elecciones-primarias-en-buenos-aires-una-ciudad-francamente-derechosa/>).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ABOY CARLÉS, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem* (Rosario: Homo Sapiens, 2001).
- _____. “La democratización beligerante del populismo”, Actas VII Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP, Córdoba, 15-18 de noviembre. 2005.
- BENJAMIN, Walter. *El origen del drama barroco alemán* (1925) (Madrid: Taurus, 1990).
- BENVENISTE, Émile. *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (1969) (Madrid: Taurus, 1983).
- DE IPOLA, Emilio y Juan Carlos PORTANTIERO. “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, en de Ípola, Emilio, *Investigaciones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989.
- LACLAU, Ernesto. “Hacia una teoría del populismo”, en: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Madrid: Siglo XXI, 1978).
- _____. “Misticismo, retórica y política” (México: FCE, 2002).
- _____. “Articulation and the Limits of Metaphor”, en James J. Bono, Tim Dean y Ewa Plonowska Ziarek (eds.), *A Time for the Humanities. Futurity and the Limits of Autonomy*, Nueva York, Fordham University Press, 2008, pp. 229-253.
- _____. *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).
- _____. *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Buenos Aires: FCE, 2014).
- _____. “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?” en: *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel, 1996).
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010).
- MARRAMAO, Giacomo. *Kairós, apología del tiempo oportuno* (Barcelona: Gedisa, 2009).
- PERTOT, Werner. “El ganador en la interna del machismo siempre con la proa hacia la derecha.” Disponible en: <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/04/27/argentina-elecciones-primarias-en-buenos-aires-una-ciudad-francamente-derechosa/>.
- SANTORO, Daniel. “Vacío y plenitud justicialista”. Disponible en: <http://www.danielsantoro.com.ar/mundoperonista.php?menu=mundo&mp=2>
- SCHOLEM, G. *Major Trends in Jewish Mysticism* (Nueva York, Schoken, 1995).